



HOMENAJE

QUE EN HONOR DEL INSIGNE ARTISTA ARAGONÉS

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. FRANCISCO PRADILLA Y ORTIZ

OFRECE Y DEDICA LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN LUIS

DE ZARAGOZA

ACUERDOS DE LA ACADEMIA

REFERENTES AL HOMENAJE

20 de Noviembre de 1921. *El Sr. Presidente, Excmo. Sr. D. Mariano de Pano y Ruata, dá cuenta del fallecimiento de D. Francisco Pradilla, socio el más antiguo de la R. Academia, y artista eminentísimo. La Corporación acuerda hacer constar su duelo por tan dolorosa pérdida y asociarse a cuantos actos se celebren en honor del eximio pintor. Igualmente acuerda a propuesta del Sr. D. Hilarión Jimeno, la celebración de una sesión pública en su honor y la colocación de una lápida en la casa donde nació o bien en la Casa Consistorial del pueblo de Villanueva de Gállego.*

15 de Enero de 1922.—*Presentado por el académico D. Carlos Pailao, el proyecto de lápida, fué aprobado por la Academia, acordando que se le dieran las gracias por haberlo ideado con todo desinterés, y que se procediera a la ejecución en mármol del País.*

26 de Noviembre de 1922.—*Acuerda la Academia llevar a efecto el homenaje en honor de Pradilla y designa para tomar parte en la sesión pública a los Sres. Académicos D. Miguel Allué Salvador, D. Hilarión Jimeno Fernández-Vizarra y D. Florencio Jardiel y Dobato*

27 de Mayo de 1923 —*Quedó acordada la celebración del Homenaje para los días 17 y 18 de Junio.*

(Actas de la R. Academia de S. Luis)



PROGRAMA

ACTOS QUE EN HONOR

DEL GRAN ARTISTA ARAGONÉS

EXCMO. SR. D. FRANCISCO PRADILLA ORTIZ

LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN LUIS

CELEBRARÁ EN LOS DÍAS 17 Y 18 DE JUNIO DE 1923

I

SESIÓN PÚBLICA DE LA ACADEMIA

TENDRÁ LUGAR EL DÍA 17 DE JUNIO

A LAS ONCE DE LA MAÑANA EN

LOS LOCALES DEL

MUSEO PROVINCIAL

ORDEN DE LA SESIÓN

- 1.º LA CULTURA Y LA INSPIRACIÓN EN LA OBRA DE PRADILLA, por el Ilmo. Sr. Dr. D. Miguel Allué Salvador.
- 2.º DATOS BIOGRÁFICOS DE D. FRANCISCO PRADILLA, por el M. I. Sr. D. Hilarión Jimeno Fernández Vizarra.
- 3.º RESUMEN del Excelentísimo Sr. D. Florencio Jardiel.

II

EXCURSIÓN A VILLANUEVA DE GÁLLEGO.

TENDRÁ LUGAR EL DÍA 18 EN LA FORMA SIGUIENTE:

- 1.º SALIDA DE ZARAGOZA con el tren de las 7'30 de la mañana (estación del Arrabal).
- 2.º MISA REZADA en sufragio de D. Francisco Pradilla Ortiz, en la iglesia parroquial de Villanueva.
- 3.º DESCUBRIMIENTO DE LA LÁPIDA dedicada por la R. Academia al que fué su socio de Honor desde 1882.
- 4.º SESIÓN PÚBLICA en la Casa Consistorial.
- 5.º DEDICACIÓN A PRADILLA de la calle Mayor de Villanueva.
- 6.º VISITA A LA CASA donde nació el insigne pintor.
- 7.º REGRESO A ZARAGOZA, a las 10'30.

SESIÓN PÚBLICA

Discurso del Ilmo. Sr. Dr. Miguel Allué y Salvador

TEMA: La cultura y la inspiración
en la obra de Pradilla.

EXCMO. SR.

SRES. ACADÉMICOS

SRAS. Y SRES.

Suele el artista antes de emprender la ejecución de su obra magistral, trazar en un boceto los rasgos y caracteres que han de encontrar en aquélla su completo desenvolvimiento; y después que la obra magistral se ha producido, una crítica seria, culta y honrada, avalorándola con el ornato precioso de su autorizada sanción, es su mejor complemento.

He ahí, perfectamente determinada, la distinta posición en que nos encontramos *los actores de este acto*.

Los tres vamos a laborar en la misma obra, aunque de modo diverso. Yo, el primero en el orden cronológico de la actuación y el último en el orden de los merecimientos, he tomado a mi cargo el boceto. D. Hilarión Gimeno, meritísimo investigador de las glorias de Aragón y alma de nuestro hermoso Museo, os mostrará, como él sabe hacerlo, la obra magistral. Y D. Florencio Jardiel, ilustre Deán de Zaragoza, a quien tanto debe la cultura regional, y una de las más grandes figuras de la elocuencia aragonesa, pronunciará, con su autoridad indiscutible, las palabras solemnes de una crítica justa, sabia y prudente.

Deuda de honor

La Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis tenía contraída una gran deuda de honor con el que fué su dignísimo socio de mérito, el Excmo. Sr. D. Francisco Pradilla. A raíz de su fallecimiento, surgió en esta Real Corporación el firme propósito de ofrendarle un recuerdo sincero, eficaz, espontánea manifestación del sentimiento que aquí ha causado su pérdida, y justa reivindicación de sus méritos, no siempre debidamente reconocidos y apreciados.

Hasta hoy no ha sido posible poner en práctica nuestro propósito. Grande habría sido nuestra satisfacción si este homenaje hubiese podido coincidir con la conmemoración del natalicio de Pradilla. A la vez deseábamos enlazar esta sesión con los actos dispuestos en Villanueva de Gállego, donde la calle principal llevará en lo sucesivo el nombre del artista, colo-

cándose al propio tiempo severa lápida en la Casa consistorial del lugar.

En cuanto a lo primero, recordaré que está próximo a cumplirse el 75.º aniversario de aquella fecha memorable en que el vecino y pintoresco pueblo de Villanueva vió nacer, en hogar humilde, al que había de elevarse por su propio esfuerzo a la dignidad de eminente artista. En efecto, 75 años habría cumplido Pradilla, si viviera, el 24 de julio próximo. Pero lo avanzado de la estación veraniega en dicha fecha, comprendida además dentro del período oficial de vacaciones de la Academia, nos ha movido a anticipar un poco el momento de la conmemoración.

Por otra parte, la ejecución de la obra escultórica que la Academia encomendó al Sr. Palao, y que éste ha llevado a cabo con plausible acierto, requería tiempo.

Salvadas ambas dificultades, henos aquí dispuestos a consagrar una hora de grata serenidad espiritual al estudio de la vida y obras del insigne pintor aragonés cuya desaparición lamentamos como una grave pérdida para el Arte.

Empresa de justicia

Ante todo conviene hacer constar que lo que la Academia se propone con esta sesión y con los actos organizados en Villanueva de Gállego no es otra cosa sino realizar una empresa espiritual de estricta justicia; justicia que en este caso, como acabo de indicaros, he de proclamar en son de reivindicación, ya que pocas veces el error, el apasionamiento, la vanidad y la jactancia se han cebado con más saña y crueldad que lo hicieron con el maestro Pradilla durante los últimos años de su existencia y sobre todo con ocasión de su muerte.

Acostumbrados estamos a presenciar el desdén y desvío generales hacia aquellas personas que después de haber ocupado altos puestos en la jerarquía social se recluyen, más o menos voluntariamente, en el ostracismo de una vida retirada y humilde. Así pues, llevábamos con resignación el olvido en que las gentes tenían a Pradilla desde que, abandonando todo puesto oficial, se retiró a trabajar silenciosamente en su estudio de la calle de Quintana.

Pero habituados como estamos también a ver con benevolencia hasta qué punto la hora de la muerte se traduce en la hora de las alabanzas, claro es que ha tenido que extrañarnos y amargarnos sobremedida, con ocasión de la muerte de Pradilla, la actitud no sólo de los inteligentes y de la crítica sino también del público en general frente a la persona y la obra de este insigne artista aragonés, cuya gloria debíamos recordar con efusión y simpatía.

Registremos aquí aquellas palabras durísimas y crueles en

que ha culminado el ensañamiento contra la obra de Pradilla. Fueron escritas por un crítico de nota, en uno de los más importantes rotativos madrileños, a raíz de la muerte del artista. “Para nosotros—dice—como para buena parte de los españoles, Pradilla es un recuerdo de la infancia y también un momento fugaz en la historia de la pintura española del siglo XIX... ¿Cuáles son los rasgos singulares, característicos, de nuestra pintura de historia? Incoherencia, bravuconería y desorden jactancioso en la ejecución; carencia completa de sensibilidad, altisonancia, ficción de genialidad, pobreza desoladora de espíritu. Tal la pintura de la Restauración y Regencia. Cuando no es ésto, la vemos discurrir con femenina fatuidad por entre la tela de araña del *fortunismo*. En los ámbitos de esa manera pictórica se desarrolló la obra de Pradilla y tiene los defectos del sistema”. Refiriéndose a la persona del artista, añade: “Su soledad silenciosa, de misántropo, de un cierto patetismo a esta adusta figura humana, que luego de haber brillado intensa y fugazmente en el escenario frágil de la fama de su tiempo, se aparece a los hombres del nuestro como figura muda que nada tiene que decir a las generaciones nuevas”.

Mas no nos alarmemos excesivamente por estos desahogos de altisonante desprecio. Días antes o días después de escritas esas palabras, la misma crítica levantaría sobre el pavimento de todas estas *frusterías* de Pradilla, Rosales y Fortuny, a unos cuantos esforzados campeones del cubismo, futurismo y ultraismo, en cuyas obras podremos hallar una consoladora compensación de esa “desoladora pobreza de espíritu” que ha sido—según se ha dicho—la característica lamentable de la pintura española en la pasada centuria.

En honra de España

Así se ha tratado a Pradilla cuando más respeto merecía su venerable ancianidad. Así se alzó la diatriba apasionada como funesta aureola de su gloriosa paleta. Con esta mortaja de recriminaciones y desprecios intentaron envolver su cadáver los superhombres del día. Ni una palabra de respeto para el que, en diversas épocas, había monopolizado la atención de los aficionados al arte no sólo en España sino en todo el mundo culto. Ni una palabra de benevolencia para el que tanta influencia ejerciera con sus obras maestras en varias generaciones de artistas españoles. Sobre todo, ni una palabra de gratitud para el que tanta gloria había dado a su patria en el extranjero en tiempos en que nadie se acordaba de nosotros como no fuera para despreciarnos. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, la nación procura agradecer cumplidamente el honor que hacen a su prestigio colectivo sus hom-

bres más eminentes. Artistas de mucha menos valía que Pradilla ocupan lugar preferente en los Museos y Galerías más importantes de todos esos países, y son citados a toda hora en las Escuelas y centros de cultura. Nosotros olvidamos en seguida las mercedes recibidas de nuestros más grandes hombres. Y es este un grave mal que produce funestas consecuencias en la educación del pueblo.

Cuando España con su apartamiento de la vida europea y su notoria decadencia, permanecía medio olvidada del resto del mundo, Pradilla mantenía con su genio el prestigio nacional, conquistando en toda Europa las más altas recompensas y dando una señal de vitalidad hispana casi única, pues ningún otro aspecto de la cultura española había merecido que fijasen en él su atención las demás naciones europeas.

¡Desgraciado el país donde tales cosas pueden ocurrir! ¡Pradilla levantando el prestigio de España fuera de ella! ¡España, olvidando en seguida los méritos de Pradilla y callando ante las imprecaciones injustas y procaces lanzadas sobre su tumba! No, eso no podía ser; y aún a trueque de que nuestro gesto pueda parecer un tanto pretencioso, es lo cierto que la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, saliendo al paso de tanta malevolencia, desea reparar todas estas injusticias, abominando, con energía, de quienes tal vez inconscientemente sientan la más pequeña complacencia pisoteando una sola hoja del laurel de la gloria de España.

Tuvo Pradilla para quienes le despreciaron en vida palabras de resignado acatamiento y de noble tolerancia. ¡Hermoso ejemplo el del maestro!

Nosotros colocados al margen de esta corriente de anarquía que en la esfera del arte como en la vida social, pretende invadirlo todo, juzguemos con ecuanimidad la obra de nuestro paisano fijándonos especialmente en dos de los rasgos más salientes de su producción pictórica: la cultura que revela y la inspiración que la anima.

La cultura del Artista

¡La cultura de Pradilla! ¡Cuántas cosas trae a nuestra mente este propósito de sondear y esclarecer la cultura del maestro! Es un tema muy de nuestro gusto, este de la cultura que debe adornar a un artista.

Una cultura escasa, superficial, o una cultura caótica y desordenada, influyen muy lamentablemente en la producción de las obras de arte.

No valga decir que hubo artistas eminentes que no habían hecho grandes estudios. Nunca se podrá demostrar que el estudio es inútil. Los fondos preciosos de la erudición no son ni pueden ser una traba de la inspiración artística, porque arran-

cando del estudio de la naturaleza de las cosas, lejos de embarazar la acción del espíritu, son fulcros solidísimos en que el genio apoya sus plantas para lanzarse al espacio. Más fácil fuera creer que los grandes artistas que sin prolijos estudios dieron obras magistrales, hubieran podido con una mayor cultura evitar ciertos defectos, que no incidir en el error de que la erudición basada en la naturaleza misma del arte pudiera embarazar sus alas en el aire o clavar sus plantas en la tierra.

Así pensaba Pradilla, el cual ya desde su mocedad consagróse al estudio con avidez y apasionamiento. ¡Con cuánta amargura escribió en cierta ocasión a un su amigo (D. Anselmo Gascón de Gotor, padre) estas memorables palabras! “Falto de todo apoyo y sin recursos tuve que dejar el Instituto para ser pintor de puertas.” Es decir, que Pradilla fué estudiante del Bachillerato en el Instituto de Zaragoza, viéndose obligado a suspender sus estudios, no por falta de vocación, sino por falta de medios económicos.

Mi curiosidad, difícilmente saciable cuando de materias históricas se trata, me llevó a rebuscar en el archivo del Instituto que tengo el honor de dirigir, el expediente académico del joven escolar de Villanueva de Gállego; y he aquí el resultado de mis investigaciones.

Pradilla, estudiante

El día 13 de Septiembre del año 1859 presentóse en la Secretaría del Instituto un muchacho de edad de 11 años con un pequeño rollo de documentos a la mano. Era Francisco Pradilla armado de su partida de bautismo y de una instancia admirablemente redactada y preciosamente escrita, solicitando ser admitido al examen de ingreso.

La letra de aquella instancia y la firma en ella estampada revelan con sus primores caligráficos la grande aptitud que para el dibujo mostraba ya, a pesar de sus pocos años, aquel adolescente.

Indicio de su temperamento resuelto es el hecho de que tal documento fuese presentado en el mismo día de la fecha como lo prueba la circunstancia de que mi ilustre antecesor, el entonces Director del Instituto Sr. Ena, decretase, al margen de la instancia, la admisión a examen el mismo día de referencia.

Verificado el examen de ingreso en el que fué aprobado, matriculóse el 15 del mismo mes y año en las asignaturas de primer curso del grado de Bachiller. Tales asignaturas eran entonces: Latín y Castellano, Religión y Moral, y Ejercicios de lectura y escritura.

De su solicitud de matrícula se desprende que Pradilla vivía a la sazón en la calle del Coso, número 35, piso 2.º Como

fiador suyo firma dicho documento D. Miguel Pradilla, habitante en el mismo domicilio.

A juzgar por lo que después le hubimos de oír, ¿con qué avidez, con qué entusiasmo, inició Pradilla sus estudios de cultura general y humanidades?

Había en los cursos del Instituto, de aquella época, unos cincuenta alumnos; y entre los condiscípulos del que había de ser eminente artista figuran nombres tan conocidos como D. Tomás Castellano y Villarroya, ministro que fué de Ultramar y de Hacienda; D. Dionisio Casañal y Zapatero, ingeniero geógrafo y diputado; D. Luis Parral y Cristóbal, catedrático que fué en nuestro Instituto; D. Benito Garcés y Lambán, notario de Zaragoza, que todavía vive, y otros.

En aquella época, los catedráticos tenían la obligación de pasar periódicamente a la Secretaría del Establecimiento un estado de la conducta académica observada por cada uno de sus alumnos. En dicho documento que era un verdadero e interesante informe pedagógico, el catedrático no se limitaba a referir las faltas de asistencia o de orden cometidas por los escolares, sino que venía obligado a juzgar de la capacidad, memoria, inteligencia, etc. de cada uno de ellos. Y es curioso observar lo que en dichos documentos se decía de Pradilla.

El Profesor de Latín y Castellano, D. Antonio Abadía y España, llegadas las Navidades del año 1859, informa de Pradilla como sigue: "No ha cometido falta alguna de asistencia, ni de aplicación, ni de respeto. Memoria, bastante; inteligencia, bastante; aplicación, bastante; conducta, buena".

A través de este juicio del benemérito Abadía, que alguno de los presentes de seguro habéis conocido, ¿no véis al muchacho venido del pueblo, cuyas facultades intelectuales no han despertado del todo, pero en el que ya se advierte una latente aptitud para el estudio y un laudable deseo de aprender?

Con algunas alternativas que no representan una grave variación del juicio formulado, llega el fin del año académico y Pradilla aprueba la asignatura de Latín y Castellano con la calificación de Bueno.

Las otras asignaturas, Religión y Moral a cargo del Presbítero D. Marcelino Anzano, y Ejercicios de lectura y escritura bajo la dirección de D. Beltrán Casamayor, eran aprobados sin examen mediante un certificado de asistencia, y así las aprobó en efecto nuestro Pradilla.

Sigue éste sus estudios en el año académico de 1860 a 1861, haciendo el 2.º curso del Bachillerato, último de los que él había de cursar.

Al comenzar este nuevo año académico, Pradilla continúa viviendo en la misma casa, pero aparece en su expediente (14 de Septiembre de 1860) como fiador no ya D. Miguel Pradilla,

sino D. Antonio Garcés residente en la calle del Agua, número 129, piso principal.

Las disciplinas que ahora va a estudiar Pradilla son nuevos cursos de Latín y Castellano, Religión y Moral, y Lectura y escritura, más un primer curso de Matemáticas.

La conducta de Pradilla en este nuevo año académico es también estimable. Los profesores coinciden con frecuencia al apreciar respecto de Pradilla su mucha aplicación y su buena conducta.

Tan excelentes cualidades ¿en qué habían de parar? Debíó ser en las postrimerías del curso de 1860 a 1861 cuando ya muy próxima la recogida del fruto de todo el año, el joven Pradilla, con intenso dolor de corazón, tuvo que abandonar las aulas para dedicarse a una labor manual cualquiera, la primera que el destino aciago le permitiera tomar antes de que el hambre hiciera mella en su menudo cuerpo de adolescente. Consta el nombre de Pradilla en las listas de clase hasta los últimos meses del curso, pero no figura como examinado, lo que prueba que en el verano de 1861 es cuando Pradilla vió truncada su ilusión de llevar adelante sus estudios del Bachillerato.

Los primeros pasos en el camino del Arte

¿Qué ideas cruzarían por la mente del joven Pradilla cuando se viera víctima inocente de este primer zarpazo de la adversidad? No dejaba los estudios por repulsión al trabajo intelectual, ni siquiera por indolencia.

Tenía que abandonarlos por falta de recursos.

La grata compañía de sus condiscípulos, muchos de ellos hijos de familias distinguidas, hubo de ser sustituida por la de los aprendices del taller en que Pradilla tuvo que refugiarse.

A la generalidad de los muchachos de su edad un golpe de esta naturaleza basta para confinarlos de modo definitivo en el reino de los adocenados. Pero Pradilla como buen aragonés, con su talento y su energía hizo frente a los rigores del destino y pronto inició el camino lleno de abrojos que había de seguir para librarse de la servidumbre en que desgraciadamente había caído.

Su pensión para Roma, tantas veces prometida, conquistada al fin con su solo esfuerzo, abrió nuevo horizonte a sus anhelos de gloria. En su estudio de Via Sixtina, consagróse Pradilla al trabajo con ahinco y entusiasmo. Consumió no pocas horas en el estudio de la Naturaleza bella y espléndida en las campiñas del Lacio; observó concienzudamente las obras geniales de los más grandes maestros de la pintura; y dedicó largas vi-

gillas al estudio de los más eminentes autores de Estética, Historia, Bellas Artes, etc.

Entonces adquirió aquel hábito de estudiar y estudiar siempre que no le abandonó en el resto de sus días. ¡Qué encanto particular tenía su conversación siempre aliñada con el esmalte precioso de la cultura!

El artista en su estudio

Recuerdo perfectamente las gratísimas impresiones recibidas en la última visita que tuve el gusto de hacerle en su palacete árabe de la calle de Quintana. Fué en Enero de 1918, en las primeras horas de la tarde de uno de esos días en que el sol de Madrid brilla con ardor y esplendores orientales. La figura diminuta, siempre erguida, del buen D. Francisco movíase con discreta actividad de un lugar para otro, atento a satisfacer nuestro deseo de ver con el detalle necesario cuanto de interesante guardaba aquella morada, linda como un alcázar en miniatura.

Y os confieso que aún interesándome mucho el tesoro artístico allí conservado, no me interesaba menos el arte que fluía de sus labios con su charla docta, amena y pintoresca. No había en sus palabras el menor asomo de vanidad, ni eran aquellas parto forzado de una erudición empalagosa. Con sencillez, con espontaneidad, frente a un lienzo, junto a un mueble, ante una idea sugeridora cruzada en la conversación, Pradilla exponía su juicio siempre acertado, oportuno, erudito.

¡Con qué certero instinto había penetrado en la interpretación de los símbolos maravillosos de la Mitología griega y romana! Parece como si aquellas deidades que un día invocaran Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio, no se hubieran retirado del escenario de la Historia sin antes haberle confiado hasta sus más íntimos secretos.

Conocía diversos idiomas, dominando el italiano y el francés; el primero lo había practicado insistentemente durante su larga permanencia en Italia; el segundo lo había estudiado seriamente, hablándolo en sus frecuentes viajes por la vecina República. Con este poderoso instrumento de los idiomas, la cultura extranjera le era familiar, a pesar de lo cual nunca su espíritu sufrió la tacha de extranjerismo. Reconocía los males y las desgracias de su patria, pero siempre albergó en su corazón un grande amor por las cosas de España; su Naturaleza, su cielo, sus costumbres, su historia, sus leyendas, su cultura, cuanto con España se relacionara, le apasionaba con clara preferencia.

Poseía una importante biblioteca continuamente acrecentada con nuevas adquisiciones. Para él, como para Gracián, un nuevo libro era el más delicioso manjar que podía servir-

se a su espíritu. Periódicos, revistas científicas y artísticas, libros raros y curiosos, eran pasto continuo de su curiosidad inagotable.

Sus mismos enemigos reconocían y proclamaban frecuentemente en privado que Pradilla era el artista más culto de su tiempo. Esta cultura inmensa que Pradilla poseía, le hubiera hecho sobresalir en cualquiera otra esfera de la vida intelectual; pero él no quiso ser más que pintor, y a su arte dedicó por completo toda su alma.

Hablaba y escribía con corrección exquisita. Aquel preclaro ingenio que se llamó el Marqués de Pidal concurría los domingos por la tarde, juntamente con otros varios amigos, a la casa de Pradilla. Allí se hacía música, de la que Pradilla era devotísimo, y pasaban los contertulios unas horas de cultísima charla, sin preocuparse poco ni mucho de la prosa vil de la vida diaria. En el círculo reducido de aquella selecta tertulia, Pradilla derramaba a manos llenas la riqueza de su peregrino ingenio y el tesoro de su variadísima cultura.

Tenía Pradilla del arte un concepto muy amplio y elevado. Sus dotes de fino observador le habían llevado a apreciar el sentido del arte que late en el fondo de las cosas más pequeñas. Todo, absolutamente todo, en la vida—advertíame en cierta ocasión—dice relación al arte: nuestras palabras, nuestros gestos y ademanes, nuestros pasos, nuestro vestido, nuestros actos, nuestras costumbres. En una manifestación cualquiera de la vida individual o social, por insignificante que parezca, puede verse un destello de arte positivo o una negación del sentido artístico. Nada hay más general en el mundo que el imperio del arte.

Pradilla, escritor

Ocurría a Pradilla algo de lo que le ocurre a Ramón y Cajal; que sin ser escritor profesional, escribía con corrección y elegancia singulares. Si algún día se coleccionaran los trabajos de crítica artística y llegara a publicarse el epistolario de Pradilla, una buena parte del cual he tenido el gusto de leer, se vería hasta qué punto Pradilla hubiera podido ser un literato diestro y ameno, si hubiese tomado el camino de las bellas letras.

He aquí algunos fragmentos de su prosa íntima y familiar escogidos al azar entre sus escritos:

Contestando a la invitación que le hicieran los artistas del Ateneo de Zaragoza para que aceptase el nombramiento de Presidente de honor que con unánime entusiasmo le ofrecían, escribió con fecha 8 de Agosto de 1912:

“Contratiempos poco comunes anularon mi modesta independencia tan laboriosamente conquistada; decepciones exce-

sivas me persuadieron de que con austeros procedimientos no lograría amalgamar voluntades hasta el punto preciso para aventajar las precarias condiciones en que se debate nuestro arte nacional, y, en consecuencia, me vi forzado a dedicarme exclusivamente a mi trabajo personal y a renunciar todo cargo u honor que ya no podría corresponder con labor útil.

Ustedes, con ánimo valiente, se han congregado para sustituirse con sus propias fuerzas a la acción negativa del Estado que suprimió los estudios superiores de Arte en las Escuelas de Zaragoza. El espíritu que a ustedes aproxima y fortifica es hermano gemelo del que abrigué durante tantos años pensando que en nosotros y en nuestro personal esfuerzo y sacrificio radica la común redención; y del ideal que en ustedes alienta y en su bella carta palpita, guardo mi parte en las profundidades de mi espíritu para consagrarlo a mi obra y a mis amores, pero en secreto, devotamente, casi abochornado ante las veleidades del temporal que corremos.

¡Que las nobles y austeras musas mantengan en ustedes sus ansias de ideal; y que no les olvide en sus dones Mercurio a fin de libertar su arte de la diaria necesidad!”

A propósito de las contrariedades sufridas en Aragón, escribía el 8 de Febrero de 1914: “Es innegable nuestra mala ventura en Aragón, porque fuera del interés que demostró por mí el inolvidable D. Agustín Peiro que era aragonés de la cepa más pura, y después la familia Royo Villanova, nuestra noble tierra manifestó poco propicia conmigo. Todo se pasa, escribía Santa Teresa, y bien pronto habrá pasado todo para mí, sin haber logrado realizar ni el más modesto y legítimo de mis ideales”. La reverencia a su tierra era el pago que quería darle por sus desventuras de antaño.

No obstante el pesimismo que palpita en estas últimas frases, el genio que latía en el fondo de su alma le dictaba tres años más tarde (11 de Enero de 1917). estas ingenuas palabras: “De mi trabajo nada puedo decir; gracias a mis pasiones de arte, y aunque achacoso, produzco más que nunca y mejor”. Así era en verdad. Los salones de América adquirirían a precios elevadísimos cuanto Pradilla pintaba.

Erudición y popularidad

La grandísima cultura de Pradilla se refleja fielmente en sus obras. En cualquiera de ellas, lo mismo en las de grandes proporciones que en las de menor alcance, en el óleo como en la acuarela, Pradilla se nos muestra el pintor erudito, estudioso, detallista, documentado, cuidadoso de todos los elementos de la técnica.

Nunca creyó en la improvisación, ni se dejó llevar de las sugerencias fugaces del impresionismo. ¿Cómo no ha de cho-

car su arte con las osadías pictóricas, de que hoy hace gala cualquier innominado?

No es mi propósito juzgar aquí minuciosamente la obra de Pradilla. Contra lo que opinan muchos, que como artista lo enterraron en vida, creo yo que hace falta dejar transcurrir más tiempo para poder apreciar con justeza y sin apasionamientos su copiosa producción artística.

Lo que sí me atrevo a asegurar hoy es lo siguiente: Si en un mismo palacio, en un mismo Museo, se instalasen simultáneamente dos exposiciones: una en la que se mostrasen todas las obras que Pradilla ha producido en su larga vida de trabajo, y otra en la que apareciesen reunidas las compuestas por los más esclarecidos defensores del cubismo, futurismo y ultraismo; el público con su admirable instinto fallaría sin apelación cuál de los dos conjuntos se llevaba la palma de la atención y del aplauso.

No soy de los que creen que la opinión del público docto e indocto debe ser estimada en más que la de la crítica, pero tampoco paso a creer que una crítica seria y razonada pueda prescindir completamente de las ideas y de los gustos del público.

Mas ¿cómo explicar que Pradilla haya apasionado tanto a las muchedumbres siendo, como antes decíamos, un artista estudioso, culto y erudito? ¿No era axiomático eso de que la erudición no es popular? Así es en efecto, pero en Pradilla no se cumplía esta regla porque a su vastísima cultura uníase la luz rosada, como de aurora, de su genial inspiración.

La inspiración del artista

Permitidme que antes de terminar dedique breves comentarios a este extremo, bien interesante, del boceto que me he propuesto. La inspiración es en el lenguaje estético, la obra de la espontaneidad del espíritu en la producción artística. Hay ocasiones en que la inspiración acude sumisa al vigoroso toque de la voluntad, hay otras en que tras largas horas de angustia el artista se desespera, al ver que el momento feliz no llega. Pero es incuestionable que la voluntad puede estimular la inspiración preparando al sujeto por la educación y la cultura, sosteniéndole en la atmósfera de un medio propicio, subyugando sus facultades y obligándolas a una continua meditación, abstrayendo en lo posible al artista de toda relación extraña, saturándole del asunto, para que estos factores, formándole una segunda naturaleza y encerrándole en un mundo especial, determinen en un momento indefinible la explosión generadora de la forma artística.

Y este es el caso de Pradilla. Su aislamiento tantas veces censurado, le permitía consagrarse por entero al sacerdocio

(del arte; y de ahí que sus estudios, sus meditaciones, sus observaciones, fuesen cosa intensa, rica y fecunda, a propósito para que viniese fácilmente el rayo de luz, la idea nueva que se nos aparece como una revelación súbita y gloriosa.

Ninguna de las obras de Pradilla pudo ser imaginada en sus rasgos generales sino después de serios estudios. ¡Oh espíritu del maestro que en esta hora nos acompañas! De todas las amarguras sufridas compensárate, de seguro el recuerdo de aquellas horas dichosas en que tu inspiración te mostró por vez primera, en la augusta soledad de tu retiro, el gesto caído de Boabdil y la faz alocada de la reina Doña Juana. El vigor de tu inspiración artística llenó de emoción a públicos como los de Roma, París, Viena, Londres, Berlín y Munich, embelesados a la sazón con los aciertos de Menzel y Meissonier. En las lejanas tierras de América arraigó también la admiración hacia tu paleta. Y en todas partes dejaste memoria honrosa de España. No fué tu pincel rastrero estilete con que, por afán de lucro, labraras en tierra extraña para tu patria ominoso pedestal de danzarinas, picadores y bandidos. El buen nombre de España, el prestigio de España, salió incólume a toda hora de tus manos privilegiadas. Y este es un gran favor que la patria tiene que agradecerle, máxime si comparamos tu patriótica conducta con la que siguen tantos otros artistas de nuestra época, atentos exclusivamente a la idea egoísta de su ganancia. ¡Descansa en paz! que tu noble sinceridad y la valentía de tu genio puramente español, bastarían para hacer inmortal tu nombre.

JUICIO CRÍTICO

Atendiendo a la técnica que resplandece en la obra entera de Pradilla vemos que toda ella es un maravilloso alarde de color, de entonación, de riqueza deslumbradora en la luz y de suavidades delicadísimas en esas tonalidades que tienden a la penumbra, todo ello animado por el fuego de una hermosa inspiración.

Hay un punto de detalle en el que Pradilla debe ser considerado sin disputa como un astro de primera magnitud: es en las altas expresiones sentimentales de sus fondos de paisaje, especialidad en la que nadie le superó ni le igualó siquiera entre sus contemporáneos.

Pradilla, dígame lo que se quiera, trajo al arte nacional un cierto espíritu nuevo que rompió las frías normas del pseudo clasicismo en que había caído la pintura en la patria de Goya. El inició la transición al romanticismo inyectando a nuestro anémico arte de aquel tiempo una cálida originalidad renovadora.

Además, juzgar a Pradilla tan sólo por sus antiguas composiciones históricas es una insensatez. Quienes han seguido de cerca la labor de Pradilla en estos últimos años (y conste que esos tales han sido muy pocos) han podido apreciar perfectamente la diferencia que había entre el Pradilla de antaño y el de holgaño, entre el Pradilla de los cuadros históricos y el de las escenas callejeras de la Semana Santa madrileña.

Sin duda alguna, en el momento culminante de la popularidad de Pradilla, las artes caminaban por derroteros muy diferentes de los que hoy siguen y las llevan a nuevos destinos. ¿Serán éstos más altos o los arrojarán en una decadencia dolorosa y estéril? Acaso no sea nuestro siglo el llamado a dar una contestación categórica y una solución definitiva al problema planteado por las evoluciones (no siempre insensatas) de la presente actividad en nuestras artes. Lo que no ofrece duda es que en ese mundo de glorias que el tiempo va creando para la posteridad, Pradilla deberá ocupar un puesto honroso, dignamente conquistado.

Nosotros los aragoneses somos los llamados a darle guardia de honor en ese puesto, defendiéndole briosamente en esta lucha póstuma que alrededor de su nombre y de su obra se ha entablado.

Conclusión

Ya existe en la Inmortal Ciudad, aunque en lugar retirado, una vía que lleva el nombre del maestro. A poco de ocurrir su muerte, tratóse en el Ateneo de gestionar la colocación de un busto de Pradilla frente al que se alza en la plaza de Aragón en honor a Cavia. Hay que insistir en este proyecto.

Aragón y Pradilla han vivido un tanto distanciados. La muerte debe unirlos.

En cuanto a nosotros, como lloraba la Reina D.^a Juana, por él inmortalizada, la pérdida de su amor, junto al cadáver de su esposo, entre cirios crepitantes, al siniestro atardecer de un día tenebroso en la desolada campiña castellana, así nosotros deploramos la muerte del artista malamente compensada con la resurrección de toda violencia, en este caos social que nos envuelve, junto al cadáver de la libertad, entre gritos de espanto y de protesta, en el lúgubre ocaso de una patria digna de mejor destino.

Zaragoza 17 de junio de 1923.

Discurso del M. I. Sr. D. Hilarión Jimeno Fernández-Vizarra

La Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, se honra a sí misma, procurando enaltecer en este acto, la figura de un aragonés ilustre, que en días no lejanos, impresionó a todos con las producciones de su genio.

A ellas y sólo a ellas, por obra y gracia de Dios, debió los honores y recompensas que conquistó en vida el pintor insigne; ellas y sólo ellas nos restan ya para aquilatar sus méritos, y a ellas y a los juicios que merecieron de sus contemporáneos habremos de referirnos más de una vez, para justificar este homenaje que gustosa le rinde, la misma corporación que meció su cuna al nacer a la vida del Arte.

El 24 de Julio de 1848, en la Iglesia del Salvador de Villanueva de Gállego, bautizó su Cura párroco entonces, don Santiago Gaspar, a un niño nacido en dicho pueblo a las seis de la mañana del mismo día, como hijo legítimo de Miguel Pradilla y de Martina Ortiz, imponiéndole el nombre de *Francisco*. Años más tarde, con disposiciones bien demostradas para el dibujo llegaba a Zaragoza, ganoso de aprender lo que en su pueblo no le podían enseñar el joven villanovano *Francisco Pradilla Ortiz*, y como los recursos de que disponía para lograr sus intentos eran escasos, puede afirmarse, porque él modestamente lo recordaba después, que antes que el pincel manejó la brocha pintando puertas y fachadas o decorando más tarde telones destinados a nuestro teatro Principal; teniendo por maestro al distinguido escenógrafo don Mariano Pescador y casi por compañeros a sus hijos don Alejo y don Félix.

Siendo el primero profesor entonces de aquella inolvidable *Escuela de Bellas Artes* fundada a fines del siglo XVIII por nuestra Academia de San Luis, de sus enseñanzas fué luego discípulo el joven Pradilla descollando en seguida por su aplicación entre los demás alumnos.

Si para su elogio necesitásemos recordar, que la llamada entonces *Academia* estimuló los talentos del artista en embrión, con sólo decir que le fueron otorgadas las calificaciones más honrosas y los premios más codiciados, argumentaríamos nuestra tesis, rindiendo a la vez los honores debidos, a aquellos modestos profesores *Don Eustasio Medina*, *D. Antonio Palao*, *D. Bernardino Montañés* y tantos otros que apesar de los pobres elementos de que disponían, supieron mantener el buen crédito de nuestra *Escuela de Bellas Artes* sin alcanzar otras satisfacciones por su amor y enseñanza, que la íntima y callada que proporciona siempre el deber cumplido.

Todavía los expedientes académicos que conserva la actual

Escuela industrial, guardan los trabajos que el hijo de Villanueva llevó a cabo en cada curso para merecer las recompensas a que nos referimos; y de aquellos años deben ser los retratos de deudos y amigos que le servían de modelos para adiestrar sus pinceles, y que una familia que le quiso mucho, conserva entre nosotros, como reliquias inestimables.

Pero las enseñanzas de nuestra Escuela habían forjado en el discípulo anhelos de abarcar más amplios horizontes.

Sus mismos profesores admirando aptitudes tan manifiestas, le estimulaban a seguir la carrera del Arte en que tanto prometía, pero estos nobles instintos se vieron un día y otro contrariados por la falta de recursos para trasladarse a Madrid, vivir en él y ser discípulo de su Escuela de Pintura. El milagro, no obstante, se realizó y durante cuatro años, luchando con las tristes realidades de una vida de privaciones, concurrió a las clases establecidas por la Real Academia de San Fernando. En ella destacó pronto su talento entre sus condiscípulos Ferrant, Domínguez y Plasencia; en ella recogió con veneración las enseñanzas del gran Rosales; allí pudo advertir el renombre que alcanzaba en el extranjero el insigne Fortuny y allí supo conquistarse el afecto de sus profesores Don Federico Madrazo y Don Carlos Haes a la vez que el cariño de D. Ponciano Ponzano que como aragonés se sentía orgulloso al advertir los progresos de su paisano Francisco Pradilla.

Pero ¿cómo vivía en la Villa y Corte?

Los que por distracción o por deseo de aprender revisan hoy los periódicos ilustrados de entonces, pueden fácilmente satisfacer su curiosidad. La Ilustración de Madrid y la Española y Americana que tanto contribuyeron a propagar las producciones de nuestros literatos y artistas, acogieron pronto los estudios y apuntes de Pradilla y en sus páginas aparecieron los que llenaban sus carteras, representando los asuntos más variados desde las callejuelas y rincones de nuestra Ciudad, dignos de recordación por lo típicos, hasta las escenas más románticas ideadas por su fantasía.

Como colaborador asiduo de las referidas publicaciones debió de correr a pie gran parte de España según afirmó más tarde, sin otro bagaje que sus albums, su paleta y el lápiz, estudiando constantemente la naturaleza en sus múltiples manifestaciones.

En 1874 la segunda de las revistas citadas, abrió un concurso para premiar el mejor dibujo sobre boj que se le ofreciese, representando algún cuadro de costumbres regionales y entre él sin número de obras que aspiraron a las recompensas prometidas le fué concedido el primer premio a la presentada bajo el lema *La Ribera de Vigo* original según se supo después de Francisco Pradilla. La Ilustración española publicó el trabajo

grabado en doble página, y dió a conocer las razones en que fundó sus veredictos el jurado calificador.

Residiendo en Madrid y admirando fervorosamente a Velázquez se le veía muchas veces en el Museo del Prado estudiar las obras del inmortal maestro como si quisiera adueñarse de su técnica llena de dificultades, veneración que perduró en él de por vida, ya que hasta en sus últimos años recurrió a las producciones del pintor sevillano, cuando quiso recordar la manera como el sin par Don Diego resolvió problemas de perspectiva y de color.

Merced a esta labor asidua consiguió nuestro biografiado darse a conocer en la Capital de España donde tanto costaba entonces crearse una reputación, y un suceso que forma época en la Historia del Arte patrio, vino a demostrar de manera evidente, que no eran ilusorios sus merecimientos.

Parecía que aquella época revolucionaria de verdadera transformación social y política, no debía de ser entre nosotros la más propicia para que en ella se reflejasen determinadas inspiraciones, y sin embargo, el Gobierno de la República que recuperó el Patronato de ciertas fundaciones pías administradas calladamente hasta entonces, por entidades extrañas, que habían olvidado los derechos de nuestra Patria, apesar de haber sido españoles los que las dieron vida y arraigo en la Ciudad Eterna, llegó pronto a enterarse, de que respetada y cumplida la voluntad de los fundadores, sobraban medios con que sostener un Instituto de ampliación de estudios para nuestros artistas, y en 8 de Agosto de 1873 aparecía en la *Gaceta de Madrid* suscrita por el entonces ministro de Estado Don Santiago Soler y Pla, un decreto creando en Roma la Academia española de Bellas Artes, donde pudiesen residir temporalmente ocho pensionados, elegidos previa oposición, entre pintores, escultores, arquitectos, grabadores y músicos, mereciendo ser recordados algunos conceptos de la citada disposición en honor siquiera de aquellos hombres tan calumniados en ocasiones, que en Consejo de ministros prestaron a semejantes ideas aprobación unánime. Saliendo al paso de los que pudieran creer que la nueva orientación influiría en la independencia del arte patrio, con sólo recordar, que a Italia fueron Velázquez y Goya y que en ella trabajó Ribera, sin perder ninguno de ellos su briosa personalidad, terminaba el Ministro su argumentación en pro de la reforma, diciendo: "Envíemos pues la juventud a Roma seguros de que prestaremos un verdadero servicio al progreso de nuestras Artes. Para ello tenemos recursos. Hay en la Ciudad Eterna fundaciones piadosas cuyo patronato corresponde a este ministerio; todas las mandas anejas a este Patronato se cumplen con religiosidad y quedan sobrantes... Desde la revolución de Septiembre dispone el Gobierno de esos

fondos. ¿Qué empleo puede dárseles más acertado al pensamiento de sus donadores que el educar a nuestros artistas?

El Arte es una religión. El alma se espacia en su seno y entrevé lo infinito. Levantado entre este mundo contingente y la eternidad, el Arte consuela, fortalece y eleva como la plegaria del alma, como nube de incienso que se pierde entre las bóvedas de un templo, y no es posible educar para la República a un pueblo, sino lo desligamos un poco de los lazos pesados del positivismo, y no lo subimos a las cimas del ideal donde oye, el misterioso *Sursum corda* que todas las cosas creadas elevan a su divino Creador”.

¿Cuántos políticos de los que ahora disfrutamos, se atreverían a suscribir tan hermosos pensamientos en las páginas de la Gaceta Oficial?

Pues que conste; así creó un gobierno inspirado por el señor Castelar, la Academia española de Bellas Artes en la capital de Italia.

En las oposiciones celebradas al año siguiente para designar los primeros pensionados, fueron muchos los aspirantes, pero el tribunal que juzgó la labor de todos, adjudicó los primeros lugares a los señores Pradilla y Plasencia, y a don Alejandro Ferrant, que obtuvo plaza de gracia.

Lástima que al partir para Roma los elegidos no pudiesen ya contar con las inspiraciones y el consejo del insigne Rosales nombrado meses antes, con unánime asentimiento, para dirigir el nuevo Instituto. Su fallecimiento prematuro sumió en duelo al Arte nacional, que todavía recuerda lo que perdió con su muerte.

¡Y fatal coincidencia!

Al llegar nuestros primeros pensionados a Roma para instalarse en la Academia recién creada, un nuevo motivo de tristeza vino a empañar sus juveniles anhelos, porque días después, en Noviembre de 1874, dejaba de existir, víctima de rápida enfermedad, el ilustre Fortuny, cuyo nombre tantas veces habían repetido los ecos de la fama.

Suceso tan inesperado impresionó hondamente a todos los que admiraban los altos merecimientos del pintor español, y Pradilla reflejó su sentir relatando los últimos días de Fortuny y las solemnidades celebradas en Roma con motivo de su muerte, en una carta admirable que la “Ilustración Española” acogió en sus páginas, al reproducir en ellas el retrato y algunas obras del llorado maestro.

El mundo entero participó del pesar que entre nosotros produjeron tan repetidas desgracias, y en el extranjero llegó a decirse que ya el sol del Arte no irradiaría su luz desde los cielos de España.

De cómo aprovechó el pintor aragonés los años que per-

maneció en Italia por entonces, aun lo revelan las obras que produjo, cumpliendo sus deberes de pensionado, pues todavía merecen ser estimadas la copia de la *Disputa del Sacramento*, que, con la colaboración de su compañero Alejandro Ferrant, remitió al Ministerio de Estado, y el lienzo *La salvación del naufrago*, que, como trabajo original, reveló ya sus dotes de compositor y colorista, que poco después pudieron admirarse en el cuadro que para la Exposición Nacional de 1878 envió desde Roma, representando a *Doña Juana la Loca, velando el féretro de Don Felipe el Hermoso, en el camino de Torquemada a Hornillos, el 1506*.

La obra, en efecto, figurando en una de las salas del palacio de Indo, donde se celebraban entonces las exposiciones, causó emoción profunda; y admirada por el público, fijó la atención de la crítica encargada de aquilatar sus méritos, por considerarla, como producción de una personalidad que se mostraba, en los dominios del Arte, revelando no sólo las aptitudes del autor, sino lo que de ellas podía esperarse, de seguir con parecidos alientos, el camino emprendido.

Los más descontentadizos dijeron entonces, que la figura de la reina carecía de relieve, resultando demasiado plana; que el fraile que leía arrodillado era de escasas proporciones y en cambio, eran desmedidos los brazos de la dama que figuraba al amor del fuego, defectos y lunares que compensaban los más, señalando la belleza de los últimos términos del cuadro, el grupo de segunda fila en la comitiva de Doña Juana, los detalles del féretro y la poesía que dominaba en la escena, felizmente imaginada y dispuesta.

¿Quién pudo pensar entonces que juzgando la obra 45 años después, una crítica tan modernista como despiadada, royendo los huesos del insigne maestro ya fallecido, había de denunciar los defectos de aquella su primera obra, sin encontrar motivo alguno de alabanza?

Pero, no adelantemos nuestras opiniones sobre el particular.

La del Jurado de entonces se evidenció, concediendo a la obra *Medalla de Honor*, altísima recompensa que obtuvo después en las exposiciones de París y Viena, donde figuró para honor de España entre las creaciones de los más renombrados pintores de la época.

Nuestra pluma ha de correr demasiado para llegar a los límites que nos hemos propuesto y no es empresa fácil recordar las distinciones que recibió don Francisco Pradilla por aquellos años. Las Academias de Francia, Berlín y Viena, incluyeron su nombre entre los artistas que las formaban; los Gobiernos de aquellos países le otorgaron las condecoraciones más honrosas; la Diputación de Zaragoza lo declaró su hijo pre-

dilecto; vosotros le nombrasteis académico meritísimo, y nuestro Municipio recogió fácilmente la expresión de su gratitud, al recibir los cuadros que, representando a *D. Alfonso V* y a *D. Jaime I*, figuran en su salón de sesiones.

Y aún no fué esto sólo.

La fama entonces conquistada avivó en el Senado español el deseo de poseer una obra del celebrado artista, y el Marqués de Barzanallana, que lo presidía, encargó a Pradilla la composición de un cuadro que representase el acto de sumisión del rey Boabdil a la vista de Granada.

Dedicando a la obra todos sus afanes, entre contrariedades y ahogos, por invertir en su ejecución mayor suma de la convenida al ser encomendada, llegó a España, después de una carta del autor que, describiendo y comentando su trabajo, terminaba diciendo:

Esto es lo que se ve en mi cuadro, y la gente dice que ve más, porque creo haberlo compuesto con la mayor sobriedad posible, dada la complicación del asunto.

En Roma gustó más de lo que puedo pretender; yo no estoy contento sino de la tonalidad del aire libre como conjunto, de haber conseguido detalle dentro de éste, y de la disposición general como perspectiva exacta y como ceremonia. En lo demás, me han faltado medios o condiciones.

En efecto, el asunto y hasta el tamaño del cuadro habían sido impuestos por el Alto Cuerpo Colegislador con destino a su salón de conferencias, y podríamos decir que el encargo se hizo poco menos que falseando la Historia, pues no fueron los reyes católicos, sino *D. Fernando de Aragón* únicamente, quien, rodeado de su corte, recibió primero el homenaje y la sumisión del rey moro de Granada, el cual, pasando más tarde por Almillá expresó a la Reina Isabel sus rendidos acatamientos, siguiendo después el camino de las Alpujarras...

El cuadro no fué sentido, si no estudiado, y resultó decorativo, algo teatral, aunque con primores de ejecución, sobre todo en las lejanías, donde se columbra la ciudad conquistada.

El Senado comprendió luego que la cantidad ofrecida por tanto trabajo, resultaba débil recompensa para el laureado artista, y la duplicó; la Academia de San Fernando, apreciando en seguida la labor meritísima de Pradilla, le felicitó con entusiasmo; *S. M. Don Alfonso XII* le entregó personalmente la Gran Cruz de Isabel la Católica, y la prensa ilustrada propagó por el mundo el cuadro, contribuyendo a enaltecer con sus juicios, el nombre ilustre del pintor de Villanueva de Gállego.

¡Bien podía descansar entre laureles quien tan honrosamente los había conquistado!

Y allí en su estudio de Roma, dirigiendo a la vez la Academia que él había inaugurado como discípulo, encontró la tranquilidad que apetecía su espíritu. De allí salieron sus obras para admiradores extranjeros que constantemente las solicitaban; allí recibía, como maestro de todos, a los artistas ganosos de sorprender los destellos de su genio, pues en aquella residencia se admiraban un día acuarelas inimitables o el *Suspiro del Moro*, *La Corte de Amor*, *Las lagunas pontinas*, *El rapto*, o las alegorías que debían iluminar con luz cenital el salón de baile de los Marqueses de Linares, y allí le sorprendió, en 1897, el nombramiento de director del Museo del Prado, hecho a su favor por nuestro Gobierno, al morir don Federico Madrazo, y por creer que en semejante cargo podía prestar algún servicio a su Patria, dejó a Roma y se trasladó a Madrid en hora bien desdichada.

Todos los ahorros de una vida de trabajo teníanlos depositados en una casa de banca acreditadísima de la Corte, que de la noche a la mañana suspendió sus pagos, poniendo en grave riesgo el fruto de tantos afanes, y como si esto no fuese bastante para acibarar una existencia, la genialidad de un ministro le obligó a renunciar, poco después, el cargo que le había hecho venir a España.

El suceso merece recordarse, ya que andando el tiempo tuvieron justificación plena los motivos de aquella dimisión. Defendió Pradilla que el personal de los Museos debía ser nombrado no a capricho, sino elegido entre los mejores, mientras que el consejero, mal aconsejado, estimaba el primer procedimiento como el más expedito. Don Francisco no siguió en toda su vida más que la línea recta: su carácter no era apropiado para dejar de oír los dictados de su conciencia y el conflicto surgió, y sólo alcanzó solución, ocupando su puesto el recomendado ministerial, después de dejar el suyo el insigne pintor de Doña Juana.

Años después, quizá por haberse olvidado la teoría de Pradilla en este punto, vino la práctica a recordar con cuánta razón la defendió su autor en momento oportuno. La desaparición de los preciosos vasos que, como joyas inestimables exponía el Museo desde tiempo inmemorial, justificó la resolución adoptada por nuestro paisano, que muchos atribuyeron a la rigidez de su carácter, olvidando que, por imposición algo parecida, dejó de dirigir el Real Conservatorio de Música, el insigne maestro Don Jesús Monasterio, dulce y bondadoso como ninguno.

A partir de entonces, la vida de Pradilla fué siendo cada vez menos pública y más privada.

Renunciando por completo toda representación oficial, se recluyó en su estudio de la calle de Quintana, para trabajar ca-

lladamente. Sus producciones, adquiridas antes de terminirlas, sostenían con firmeza el crédito de sus pinceles y es hoy difícil apreciarlas en todo su valor estético, por encontrarse la mayoría de ellas en poder de particulares, y muchas fuera de España.

Los que al morir el ilustre pintor recordaron sólo la obra de su juventud y los honores que mereció en vida, no lograron ni con elogios ni con censuras definir la significación de su personalidad.

Cuando ni política ni científicamente era considerada en España, en el exterior, nuestros artistas eran los únicos que conquistaban laureles para la Madre Patria.

Rosales y Fortuny, escalando las más altas cimas de la pintura contemporánea, evidenciaron con sus obras ante el mundo entero, que aún era manantial fecundo de bellezas la tierra de Velázquez y de Goya, y cuando para nuestra desdicha nos arrebató la muerte a tan insignes maestros, parecía que los dioses nos dejaban, llevándose a pedazos el Arte mismo.

¿Es extraño que al aparecer Don Francisco Pradilla en tan desolada época, con alientos suficientes para mantener dentro y fuera de España tan bien ganados timbres, fuese luego reconocida su misión y enaltecido su nombre como representante en nuestra artística vitalidad?

Podríamos decir que la carga que sobre él pesó fué inmensa y que hizo cuanto pudo por sostenerla.

Sin reparar en los momentos, verdaderamente críticos, en que luchó, ni advertir que lo debió todo a su propio esfuerzo, se ha pretendido sumar la personalidad de Pradilla a las conquistadas fácilmente por nosotros en el último tercio del siglo XIX.

¿Pero es que Alemania, Francia y Austria y el mundo entero tenían obligación de pensar como nosotros pensamos, cuando se concedían honores y recompensas al pintor de Villanueva de Gállego? Mejor será creer que las ideas estéticas que imperaban en su época ejercieron idéntico dominio en todos los países y que aun se creía entonces, que el Arte tenía por principal misión engendrar la belleza que emociona y enaltece.

Rindiendo culto a tan soberano principio pasó Pradilla el resto de su vida reflejando en sus inimitables lienzos las hermosuras del *Pais de las rías* o *los vergeles del río Piedra*, de jando con tristeza el paso libre a las nuevas tendencias que, con los nombres de realismo, impresionismo, cubismo, expresionismo y otros barbarismos semejantes, invadían el Arte de sus ensueños, y escuchando casi a diario: Lo real y nada más que lo real. Aquí solamente está el Arte vivo, el Arte sim-

pático, el Arte popular, el Arte triunfante, pues en lo demás no hay sino *Arte decrepito, Arte muerto, Arte de lo pasado, pero no el Arte del porvenir.*

Y hoy se añade que la idea y hasta el asunto sobran y que el dibujo no hace falta. La línea curva debe sustituirse por la quebrada, porque de la reunión de poliedros resultan las figuras. Lo esencial es el color y sólo el color, y sobre todos, el amarillo, el verde y el azul, en toda su integridad y brillantez; nada de medias tintas; ni de claro obscuro, pues la mancha, más o menos estilizada, basta para producir impresión artística verdaderamente modernista.

¿Será esto lo cierto?

Si esta semblanza se hubiera encomendado a nuestro admirado compañero, el insigne pintor Don Mariano Barbasan, al benemérito Don Hermenegildo Esteban, o al erudito señor Gascón de Gotor, que tan bien conocieron el sentir y el pensar de Don Francisco Pradilla, sus juicios sobre el particular influirían en vosotros, pero mis opiniones no alcanzarían tanto, y me limito a copiar, para concluir, lo que acabo de leer en una Revista de Arte, bien acreditada por cierto:

Lector: ¿No crees que ha llegado la hora de levantar una cruzada de anatemas e injurias y hasta de puñetazos, si fuese preciso, contra las extravagancias que nos están corrompiendo las oraciones a los sencillos y apacibles amadores del Arte?

HE CONCLUIDO.

Discurso del Excmo. Sr. D. Florencio Jardiel

EXCMO SR.:

Cumplo con mucho gusto el encargo que se me confió.

Pero ¿qué queréis que yo diga, señoras y señores, qué queréis que yo diga del soberano artista, que ha motivado este homenaje de admiración, después de lo que han dicho los dos ilustres académicos, D. Miguel Allué y D. Hilarión Gimeno con tanto acierto y galanura?

Creo que los hábitos que traigo y mi carácter sacerdotal, que ellos denuncian, pueden prestarme el tema, que en estos instantes necesito.

Lo he preguntado y me lo han dicho: Pradilla, el gran pintor, gloria de la pintura española contemporánea, era un hombre espiritual, era un hombre de fe, un artista cristiano.

Los deberes inherentes a esta cualidad elevadísima de su alma los cumplió siempre con severa fidelidad, sin alardes de exterior complacencia, que no necesitaba, pero sí convencido y seguro.

Así fué, que en las horas amargas de su vida, algunas de ellas amarguísimas, no le faltó la firmeza para vencer y ni los más duros reveses hicieron que cayera el pincel de sus manos.

Y así fué, también, y en esto hago alto de manera especial, por afectar directamente al artista, que en toda su obra pictórica, tan extensa que no hay manera de enumerarla, ni una sola producción hallaremos que carezca de elevación y menos que no responda a los dictados de la moral más exigente.

Y es que Pradilla, inteligencia abierta y despejada, hombre de recto juicio y de arraigadas convicciones cristianas, sabía bien qué es lo que constituye la esencia, la substancia del Arte, y que, si el Arte es substancialmente educación y la educación tiende al perfeccionamiento de la vida moral del hombre, es claro que no puede vivir pegado a la materia, que debe superponerse, que debe flotar sobre todo aquello que es miserable y bastardo, buscando en sus anhelos lo que puede engrandecer y dignificar al espíritu, lo que es gloria de Dios y gloria de las almas.

Fortalecía en Pradilla estas convicciones su cultura artística. Sabía de la historia de la pintura cuanto puede saberse y había consumido su juventud en el estudio de los grandes maestros; no eran para él un misterio las evoluciones porque había pasado el arte pictórico, ni lo era, tampoco, cómo a través de todas las escuelas y aún a través de las locuras y extravíos del Renacimiento, se había conservado la tradición, la

tradición cristiana, la que fija sus verdaderos límites al ardor de la fantasía, la que santifica y bendice todas las nobles manifestaciones del Arte, la que presta a la imaginación los asuntos más elevados y más dignos, la que cuenta entre sus servidores más sumisos a los gigantes, a los colosos de la pintura.

Y fué fiel a la tradición, a la tradición española, a la tradición netamente cristiana.

Y como esto es lo que yo quería decir y ésta la nota que yo quería hacer vibrar en este acto solemne, admiremos señores, al gran pintor aragonés y celebremos entusiastamente sus glorias, reconociendo y ponderando en él al hombre espiritual al hombre de fe, al artista español y cristiano.

Ahora, para vosotros los que habéis venido a tomar parte en esta sentida glorificación de nuestro gran pintor D. Francisco Pradilla una palabra sola. Amad las Artes: no hay una sola que no viva animada por el soplo de Dios; pero cuidad al propio tiempo de su prestigio. La prueba más segura de vuestro amor será el respeto, y no se dirá que las respeta, quien contribuya, de cualquier modo, a que pierdan con su grandeza y elevación, su gloria y su corona.

Y a vosotros, los artistas que me escucháis, un recuerdo y una exhortación cariñosa.

Cuentan de Miguel Angel, que, al terminar aquellos frescos maravillosos de la capilla Sixtina, asombro de los siglos, quedó tan acostumbrado a mirar a lo alto, que no podía sin desvanecimiento bajar los ojos y mirar a la tierra. Esto, esto quisiera yo y a ello os exhorto con todo el afecto de mi corazón. Ministro de Dios, que es la belleza misma, amo apasionadamente las Artes y amo apasionadamente a los artistas, pero quisiera, no que vuestros ojos, que vuestra alma, a la que Dios quiso comunicar una parte de su potencia creadora, de tal manera se acostumbrara a mirar a los cielos que no pudiera, sin repugnancia, sin sentir vértigos de una repulsión invencible, fijarse en las miserias de la tierra. La inspiración es de Dios y viene de lo alto, de abajo sólo pueden subir los vapores de la disipación que perturban y desvanecen.

Excursión a Villanueva

A las siete y treinta de la mañana se detenía en la estación de Villanueva de Gállego el tren que conducía las representaciones ilustres que habían de tomar parte en el Homenaje a D. Francisco Pradilla y Ortiz. Por la Real Academia de San Luis, los Sres. D. Mariano de Pano y Ruata, D. Carlos Pailao y Ortubia, D. Hilarión Jimeno y Fernández-Vizarra, D. Miguel Allué Salvador, D. Vicente Bardavíu, D. Mariano Sancho Ribera, D. Manuel Abizanda y D. Anselmo Gascón de Gotor. Por la Excm. Diputación Provincial, el diputado don Ignacio Monserrat y Pano; Por el Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, los Sres. D. Fausto Guimbao, D. Basilio Ferrández Zaporta, D. Abel Bueno, D. Mariano Villar y D. Antonio Piosa; por la Universidad y por el Ateneo, el Rector y presidente Excmo. Sr. D. Ricardo Royo Villanova; el Decano de Medicina Excmo. Sr. D. Patricio Borobio; el Vicepresidente, Don Manuel Lasala; por la Sociedad de Amigos del País, D. Rafael Fernández de Córdoba y Azara; por la Asociación de Artistas Aragoneses, su vicepresidente D. Manuel Abizanda, y los Sres. D. José Bueno, D. Enrique Anel, D. Francisco Sorribas y D. Félix Burriel. Formaron en la comitiva expedicionaria, además, los Sres. D. Angel Díaz Domínguez, D. Mariano Ara Burges, D. Emilio Ostalé Tudela, D. Vicente Simón, D. Baltasar Muro, D. Ignacio Balaguer, D. Fernando Castro, D. Juan Mora, D. Juan Ginés y D. Mario Miguel; la Asociación de la Prensa local estuvo representada por D. Fernando Soterías (Mefisto) y él y D. Lucas Cepero asistieron por el *Heraldo* de Aragón; D. Francisco Goyena, D. Ramón Celma y D. Ismael Palacios, por *El Noticiero*, y D. Anselmo Gascón de Gotor y Giménez, por *El Día*.

Esperaban en la estación de Villanueva, su inteligente y celoso alcalde D. Francisco Bonet y el Ayuntamiento, representado por los Sres. D. Pedro Sarto, D. Clemente Morte, don José Guillén, D. Angel Ferriz, D. Luis Porta, D. Pío Oñate, D. Mariano Paris y por el Secretario D. Andrés García; el Coadjutor D. Julián Velilla, en representación del señor Cura Párruco; los médicos D. Manuel Domeque y D. Julián Velilla, el farmacéutico D. Juan José Lafuente; el Juez Municipal Don Modesto Querol y su suplente D. Victoriano Ortiz y Secretario D. Manuel Bueno; el Comandante del puesto de la Guardia Civil D. Domingo Paños; las Escuelas de Niños y Niñas, con sus dignos profesores D.^a Pilar Monzón y D. Francisco López Lloro, y el pueblo de Villanueva en masa.

No faltaron al homenaje los parientes y personas íntimas

del llorado artista: su hermana D.^a Brígida Pradilla y Ortiz; sus sobrinos D. Bienvenido, D. Pascual, D. Manuel y D. Francisco Pradilla; sus compañeros y amigos de la niñez D. Gregorio Miravete, D. Cirilo Oñate, D. Angel Ferriz, D. Pascual Vergara, D. Fabián Borruel, D. Gregorio Sarto y D. Nicolás Cativiela.

Ni faltaron las damas y damitas de la localidad señoras y señoritas de Miravete, Bonet, Morte, etc., ni otras muchísimas personas, como D. Mariano Miravete, D. Gregorio Salas, Don Gregorio Bonet, D. Ricardo Morte, D. Teodoro Oliván, D. Silverio Maxia y D. Sebastián Pérez.

Rompió la marcha la banda de música dirigida por don Angel Bernal; y Autoridades y Comisiones se dirigieron en masa compacta hacia la Iglesia Parroquial.

La Misa

En sufragio de Pradilla fué celebrada por el señor Cura Párroco D. Luis Berduque, que en el ofertorio tuvo sentidas y elocuentes frases en honor de Pradilla, y de gratitud hacia las representaciones de Zaragoza, que venían a honrar al preclaro hijo de Villanueva.

Terminado el oficio, trasladóse toda la comitiva, siempre con la Banda municipal al frente, a la Casa Consistorial, a fin de descubrir el hermoso mármol ofrendado por la Real Academia.

El ilustre Secretario de la misma D. Miguel Allué Salvador, apareció en el balcón de la Casa Consistorial y dió lectura a los acuerdos referentes al homenaje proyectado.

Descubrimiento de la lápida

Terminada la lectura, el Presidente, Excmo. Sr. D. Mariano de Pano y Ruata, tiró del cordón; quedó el mármol descubierto y resonó un aplauso general y repetido.

La lápida contiene la siguiente inscripción: "A la buena memoria del insigne pintor aragonés D. Francisco Pradilla Ortiz, que nació en este pueblo. La Academia Provincial de Bellas Artes de Zaragoza".

Ostenta además el Escudo de la Real Academia y el recuerdo de las dos principales obras del artista. Salió la lápida del acreditado taller del insigne escultor D. Carlos Palao Ortubia, condiscípulo de D. Francisco Pradilla.

Seguidamente apareció el señor Pano en el balcón de la mencionada Casa Consistorial, saludó al pueblo de Villanueva, agradeciendo tan hermoso recibimiento; saludó igualmente a las Corporaciones y Representaciones con-

corrientes al acto; enalteció la memoria del primer artista español contemporáneo, y recordando las frases con que Cervantes encabeza el prólogo del “Quijote”, añadió que aquella Villa de lugar apacible, de campos amenísimos y de tan grande serenidad en los Cielos, había sido gran parte para crear el poderoso espíritu del renombrado artista, dando partos fecundos con sus maravillosas concepciones, de las cuales, las dos principales, “Doña Juana la Loca” y “La Rendición de Granada”, aparecían en la leyenda de la lápida. Aplaudió, a la vez, el acuerdo del Ayuntamiento de Villanueva de dedicar su calle principal al insigne pintor y le felicitó por la ayuda que así prestaba al homenaje proyectado por la Real Academia de San Luis.

Hablaron después los señores Guimbao, por el Ayuntamiento de Zaragoza; D. Ignacio Montserrat, por la Diputación Provincial; y D. Ricardo Royo, con gran elocuencia, habló por la Universidad.

Terminada la ceremonia, se firmó el acta correspondiente y trasladóse la Comitiva a la entrada del pueblo, para la dedicación de la calle principal de la Villa, en honor de D. Francisco Pradilla y Ortiz.



Lápida colocada en la Casa Consistorial de Villanueva de Gállego

La calle de Pradilla

En aquel momento, el señor Alcalde D. Francisco Bonet, habló a todos en los términos siguientes:

Señoras y Señores:

Pocas veces he sentido mi ánimo tan fortalecido, mi espíritu tan confortado, como en el día de hoy, por la calidad de las personas que me rodean y por el motivo de esta reunión.

Hoy es día de gran fiesta para este pueblo de Villanueva de Gállego, cuya primera magistratura con orgullo ostento.

Es día de gran fiesta por el honor que nuestra hermana mayor, la querida ciudad de Zaragoza nos dispensa enviando una representación de la Excm. Universidad, otra de la Excm. Diputación y otra del Excmo. Ayuntamiento, que abrillanten y realcen los actos de homenaje a nuestro gran Pradilla; lo es porque tenemos la honra y la satisfacción indefinible de albergar, siquiera sea por breves instantes, en nuestro pueblo, a esta otra ilustre representación de la intelectualidad y del Arte; con quienes este pueblo ha contraído una deuda de gratitud, difícil de saldar, por ser ellos los iniciadores y ejecutores de estos actos de enaltecimiento a la memoria de nuestro inmortal paisano; festividad grande, por que la Prensa, cuyas columnas se visten de gala cuando de las glorias regionales y nacionales con fruición de madre tratan, ha venido a enaltecer a nuestro pueblo en su hijo preclaro; festividad porque me hallo rodeado de mi pueblo, que a todos vosotros quiere daros muestras de gratitud que en sus corazones anida; festividad, en fin, porque los pueblos no son grandes sólo por sus riquezas materiales, por su abundancia de producciones agrícolas o industriales, sino por su cultura, por su espiritualidad, por el arte, por los grandes hombres que han producido; y si Villanueva de Sigüenza produjo en el dominio de las Ciencias a un Miguel Servet, en los dominios del Arte, Villanueva de Gállego ha producido un Pradilla, y vosotros venís hoy a decirnos: "Grande es la Madre Patria que tales hijos ha sabido dar al mundo".

Yo, que no he tenido la dicha de nacer en este pueblo, pero que me considero hijo suyo, porque suyos son los míos, recogiendo los sentimientos de todos mis representados, me siento orgulloso, con el único orgullo noble, con el único orgullo legítimo, con el orgullo de un padre que ve reconocidos los méritos de su hijo.

Vais a experimentar la emoción de visitar aquellos lugares donde pasó los primeros años de su vida nuestro gran artista, bien ajeno a la aureola de gloria, por su valía y su voluntad conquistada, que había de nimbar su nombre; vais

a visitar la casa donde nació; modesta es la vivienda, como modesta era su familia, como modesta fué su infancia; pero el lumen del genio hizo brillar con las estelas que irradiaban de su paleta, aquella vida y aquel apellido hoy universalmente conocido.

Se ha dicho que Pradilla tuvo alguna ingratitud para su pueblo; decid que el pueblo de Villanueva afirma que eso no es cierto, porque si las hubiese tenido, incumbencia nuestra sería apreciar su gravedad, y nosotros, que le queremos tanto, que lo estimamos en tanto, hasta sus pequeños olvidos nos hubieran parecido genialidades de hombres grandes, que, lejos de humillar, envanecen.

Y nada más, señores; que cuando el alma siente con la intensidad y la emoción que en estos momentos me embarga, la lengua enmudece y sólo puedo decir: Mil gracias, señores; la familia de Pradilla, el pueblo todo de Villanueva os dá la bienvenida y queda con vosotros en perpetua deuda, en prenda de la cual os presta el juramento de contribuir cada uno en su esfera y en la medida de sus fuerzas, teniendo presente el ejemplo de nuestro Pradilla, al engrandecimiento de Aragón, corazón de nuestra España.

¡Viva Pradilla! ¡Viva Aragón! ¡Viva España!

La Casa de Pradilla

Fué muy aplaudida la alocución del señor Alcalde y terminado el acto, trasladáronse los concurrentes a la calle de Gómez Acebo, núm. 42, casa natal del gran Pradilla; visitóse la modesta vivienda y al salir las Comisiones fueron saludadas por el niño *Enrique Biel Frontiñán*, que, desde el improvisado púlpito de unos maderos, con gran elocuencia y admirable soltura, pronunció las siguientes palabras:

Señores: Habéis venido a honrar a un paisano nuestro, al gran artista D. Francisco Pradilla; y los niños de Villanueva, queremos dejar oír nuestra voz, que todavía no ha sido empañada por la mentira y la falacia, para deciros: Mil gracias, señores, mil gracias por el día de júbilo que proporcionáis a nuestro pueblo y por la hermosa lección que nos dáis a los niños, lección que se grabará en nuestra conciencia y en nuestros corazones, de tal modo, que jamás hemos de olvidarla.

Francisco Pradilla, niño como nosotros, recibió su primera enseñanza en la misma escuela en que nosotros la recibimos; también hizo sus travesuras de niño en los mismos sitios en que nosotros las hacemos; ante nuestras Santas Reliquias elevaría a Dios su corazón emocionado, como nosotros las elevamos; a modesta y honrada familia de labradores pertenecía, como la mayoría de nosotros, algunos de los cua-

les tienen el legítimo orgullo de hallarse a él enlazados por parentesco.

Y aquel niño supo, por su esfuerzo y constancia, llegar a ser el gran Pradilla, el artista de fama universal, el orgullo de Villanueva, y vosotros, suprema representación del Arte y la intelectualidad de nuestra querida Zaragoza, venís a tributarle el homenaje de vuestra admiración y recuerdo.

Para sumarnos, pues, a este homenaje, los niños de Villanueva ofrecemos solemnemente tener siempre presente el ejemplo de nuestro ilustre paisano y esforzarnos por imitarle para dar días de gloria a nuestra Patria grande y a nuestra Patria chica; a nuestro muy querido pueblo de Villanueva.

HE DICHO.

El desayuno

La casa de Pradilla está situada muy cerca de los locales del Sindicato Católico Agrícola de Villanueva y allí, en amplio salón del piso principal, fué servido un espléndido *lunch* con que el digno Ayuntamiento de Villanueva quiso obsequiar a cuantos tomaban parte en el homenaje. Y para mayor honra, hicieron servicio de camareras las principales señoritas de la localidad, admirablemente ataviadas.

Viéronse en verdad sorprendidos los concurrentes, al ver aquellas hermosas muchachas que, con gran gentileza y discreción, hicieron los honores de la casa. No debemos ocultar sus nombres comenzando por las bellísimas hijas del Sr. Alcalde que hasta en eso quiso excederse en la delicadeza del obsequio, Teresa y Concha Bonet, Antonina Mallo, Pilar Aranda, Nieves Aguilar, Romana y Consuelo Iusa, Mercedes Bescós y Luisa Morte.

Al final del refresco, D. Cirilo Oñate, compañero de la niñez del insigne Pradilla, leyó en su honor la siguiente poesía:

Fué de Pintura el crisol
en dos obras colosales
que deslumbraron al Sol,
premiadas en toda Europa
y por todos admiradas:
"La Rendición de Granada"
y "Doña Juana la Loca".
¡Oh! venturoso Aragón
que cuentas con dos gigantes
en las Ciencias y en el Arte;
del mundo son maravilla
por su fama universal,
en Medicina, Cajal,
en la pintura, Pradilla.

Seguidamente el Sr. D. Bernardo López Marqués, joven cultísimo de la localidad enalteció las glorias de Pradilla con párrafos como los siguientes que entresacamos de su larga composición:

“Bendigamos todos el tan excelso día en que vino al mundo en este pueblo, nuestro más admirado y predilecto como ingenioso paisano; el ilustre y glorioso hijo de la localidad; el prócer eminentísimo y laureado pintor; el tan celebrado y prodigioso maestro de la pintura; el tan inspirado realista de la naturaleza en sus portentosos cuadros, meritísimas obras de inmenso valor; el coloso de los éxitos, que cultivó su arte con una maravilla extraordinaria; el que fué colmado por la fama universal y llevado en alas de la celebridad hasta la cumbre; y en fin, el siempre tan popular Excelentísimo Señor Don Francisco Pradilla, que con tan sólo su rica producción, el célebre cuadro, Doña Juana la Loca, pasó de simple pensionado a eminente y laureado pintor.

“Cuántas y cuántas veces, los que por ventura hemos nacido en su misma cuna, hemos oído de nuestros antecesores contar diversas particularidades de él: sus maravillosos dibujos y sus habilidades ingeniosas de niño, por donde empezó a llamar la atención y a hacerse popularísimo entre los moradores de Villanueva.

“Por eso la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, es digna de todo aplauso y agradecimiento”.

Fué muy aplaudido el señor López.

Y terminó el acto con elocuencia digna de aplauso el obrero pintor D. Luis Martínez Gracia que, en nombre de la sociedad de Pintores decoradores de Zaragoza, se asoció al acto con fervido entusiasmo.

Por fin D. Mariano Pano, leyó una hermosa carta de la Sra. Viuda de Pradilla y otras de sus hijos D. César y Don Miguel; y siendo ya hora perentoria para el regreso a Zaragoza, la comitiva se dirigió hacia la estación en la misma disposición que se había observado a la llegada.

Regreso a Zaragoza

Al arrancar el tren se dieron entusiastas vivas a España, a Pradilla, a Aragón, a Villanueva y a la Real Academia de San Luis.

ADHESIONES

De entre la multitud de adhesiones al homenaje, extrac-
tamos las siguientes:

Huesca, 18 de Junio de 1923.

Excmo. Sr. D. Mariano de Pano.—Zaragoza.

Mi querido amigo: He leído que se proponen ustedes hon-
rar la memoria del insigne pintor D. Francisco Pradilla. He
sido desde muy niño un entusiasta admirador de este maes-
tro: he estudiado, lápiz en mano, algunas de sus obras; estoy
penetrado de la honradez y nobleza de su arte, lamento el
olvido en que se le ha tenido por muchos tratadistas, y me
indigna el desprecio con que pretende rebajarle cierta crí-
tica muy moderna y muy ignara.

Quiero, con motivo del acto de justicia que ustedes reali-
zan, hacer constar mi más cordial adhesión; y ya que mis
ocupaciones y preocupaciones no me dejan libertad de movi-
mientos, ruego a usted, suponiéndole entre los promotores del
homenaje, haga constar que, si se produce algún gasto u obli-
gación alguna a repartir, cuenten ustedes con mi modesto,
pero entusiasta concurso.

Aprovecho la ocasión para saludarle y para repetirme muy
suyo como siempre buen amigo,

SEVERINO BELLO.

Sr. D. Francisco Bonet Franco, Alcalde de Villanueva de
Gállego.

Muy distinguido señor mío: Mil gracias por su amable
invitación y mil perdones por no haber acudido al homenaje
a la memoria del insigne pintor Pradilla (q. e. p. d.), como
era mi propósito.

Pero el estar padeciendo un enfriamiento, fué causa de
que no pudiera asistir, lamentándolo mucho y quedando re-
conocidísimo a su atención, le felicito por lo admirablemente
que resultó, según leo en la prensa.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme con la mayor con-
sideración, muy suyo atto. s. s. q. e. s. m.,

MARIANO FELEZ FORTIS.

Sr. D. Mariano de Pano.

Mi querido migo: A mi regreso a ésta, de la Corte, me en-
cuentro con su muy atento B. I. M. de 15 del actual, en el
que me invita a los actos que se han de celebrar en honor de
D. Francisco Pradilla, que, de haber llegado a tiempo, hu-
biera tenido verdadera satisfacción en asistir,

De todos los modos adhiérome a todos ellos y con tal motivo queda a sus órdenes su affmo. y buen amigo q. l. e. l. m.,

TOMAS CASTELLANO.

Hoy 18-6-923.

Barcelona 16-6-1923.

Sr. D. Francisco Bonet Franco, Villanueva de Gállego.

Muy señor mío y amigo: Mucho le agradezco su invitación para el homenaje al Excmo. Sr. D. Francisco Pradilla Ortiz, del que guardaré siempre mi mayor recuerdo, pues le tenía conceptuado como el mayor intelectual de Aragón y el más grande pintor entre todos los españoles.

Mi amistad con él fué muy grande y mucho le debo por lo que me distinguió.

El ni fué político ni intrigante, pero sí fué un Apóstol del Arte, un gran trabajador y un hombre amante de los suyos.

Que Dios premie a los que le rinden el primer homenaje, pues han de ser muchos los que han de seguir rindiéndole a su grandiosa obra.

Lamento de todo corazón no poder estar con ustedes en estos momentos, pero sí lo estoy con el espíritu y el alma.

Y usted, señor Alcalde, transmita mis mayores respetos a la representación de la familia de nuestro llorado amigo, así como los más cordiales saludos al pueblo, que tiene que estar en estos instantes orgulloso.

Mande cuanto quiera a su agradecido a sus atenciones y affmo. y s. s. q. e. s. m.,

ANTONIO GONZALEZ.

Sr. D. Francisco Bonet, Villanueva de Gállego.

Querido Paco: Tú que sabes bien cómo quiero a mi pueblo, puedes comprender el sentimiento grande que tengo de no poder acompañaros en este día de honda e íntima satisfacción para los hijos de Villanueva.

Mas ya que me sea imposible asistir a los actos de homenaje a nuestro gran Pradilla, quiero que sepáis todos, que estoy ahí en espíritu con vosotros, que me adhiero con todo el corazón, con toda el alma, al tributo de justicia que se rinde a nuestro ilustre paisano.

Te pido me sumes a las manifestaciones de reconocimiento a las brillantes representaciones de la Real Academia de San Luis y del Excmo. Ayuntamiento zaragozano. Todo hijo amante de Villanueva, y yo lo soy, ha de recordarlos siempre con gratitud.

Te abraza, y en tí a todo mi pueblo, tu fraternal amigo,

TOMAS ALVIRA.

NECROLOGÍA

El Emmo. Sr. Cardenal Soldevila y Romero

Vilmente asesinado falleció nuestro amadísimo consocio de HONOR Y MÉRITO el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo D. Juan Soldevila y Romero.

Perdió con él nuestra Academia su socio más conspicuo; el que tanto se interesaba por nuestras bellas artes; el que favoreció de tan gran manera la creación de nuestro Museo cristiano en su admirable Salón de Primitivos.

Le es deudora Zaragoza de grandes éxitos; de las más grandes empresas; su protección se extendió a todas las esferas sociales y cristianas.

La gran escalera de honor de nuestro Museo conserva la hermosísima lápida dedicada en su honor por la *Junta del Centenario de los Sitios*. Es un resumen de los grandes méritos del Cardenal Soldevila, y dice así:

D. O. M.

AL EXCMO. SR.

DR. D. JUAN SOLDEVILA
Y ROMERO

ARZOBISPO DE ZARAGOZA

POR MÉRITOS CONTRAÍDOS PARA CON SU METRÓPOLI

POR CONSTANTE DESVELO EN PRO DE NUMEROSAS

PEREGRINACIONES

AL TEMPLO DE NTRA. SRA. DEL PILAR

EN MEMORIA DE LA GRAN VIGILIA NACIONAL

Y DEL GRAN CONGRESO MARIANO UNIVERSAL

BAJO SUS AUSPICIOS CELEBRADOS,

DE LA EXPOSICIÓN DE ARTES RETROSPECTIVAS

PRESIDIDA POR S. E. Y ORGANIZADA:

LA JUNTA DEL I CENTENARIO DE LOS SITIOS

ESTE MÁRMOL CONMEMORATIVO

TESTIMONIO DE LA GRATITUD DEL PUEBLO CESARAUG.

O. Y D.

MCMIX

Descanse en paz. Quienes le asesinaron si son hijos de Zaragoza pueden gloriarse de haber asestado terrible golpe de muerte a su excelsa madre; si no fueron hijos de Zaragoza para qué hablar de ellos: todos merecen la execración pública: los daños causados a la Iglesia y a Zaragoza con su alevosa infamia son incalculables... Para él la gloria y la corona del martirio.

R. I. P.

D. José María Vargas Delgado

Murió no hace mucho, el día 10 del pasado mes de Julio, este ilustre Académico, uno de los más doctos, más sencillos, y de más relevantes prendas de carácter, que han pasado por esta Real Academia de Bellas Artes de San Luis.

Fué hijo de don Juan y de doña Josefa, que le tuvieron en Calatayud, el día 23 de Julio de 1854.

No cursó carrera alguna profesional. Terminada la segunda enseñanza en el Colegio de RR. PP. Escolapios de Zaragoza, pasó a formar parte de la Sociedad "Escudero Hermanos", para luego, muy joven, ponerse al frente de la fábrica de tejidos de hilo "La Fabril Linera", en Zarauz, que dirigió 23 años, con singular acierto, hasta que se disolvió la Sociedad el año 1899. Vino, entonces, a Zaragoza y en Zaragoza fijó su residencia para siempre.

Hombre de acción y de fé acrisolada y fecunda, ni le arredraron las mayores empresas, ni dejó de poner en cuantas intervino el sello de su piedad edificante.

Fundó en Zarauz la Casa de Misericordia, y en Zaragoza el Patronato de la Sagrada Familia en Torrero, salvando a millares de niños del abandono moral y de la ignorancia; fué consejero de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad; del Montepío de Labradores del Arzobispado de Zaragoza; de la Acción Social Católica; de las Escuelas católicas de Obreros; del Apostolado de la Oración y Terciario del Carmen; miembro de gran número de Asociaciones religiosas, y generosísimo bienhechor de las Madres Oblatas, de las Siervas de María, de las Hermanitas de los pobres y de toda Institución de caridad. Repartía anualmente en Bárboles cuantiosos donativos por los días de la Natividad del Señor, y a él debe este pueblo la hermosa carretera que le dá acceso fácil a la estación de Grisén.

En otro orden de cosas, D. José María Vargas desempeñó el cargo de Vicecónsul de Portugal en Zarauz-Zumaya; fué Académico numerario de esta R. de Bellas Artes de San Luis y correspondiente de la R. de San Fernando; socio residente de la R. Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País;

consejero del Banco de Aragón y de la Junta de la casa de Ganaderos de Zaragoza.

Caballero de la R. y distinguida Orden de Carlos III y Comendador de número de la Orden civil del Mérito Agrícola; era, además, Oficial de la R. Orden civil del Mérito Industrial de Portugal, todo bien merecido y alcanzado.

Su amor a Zaragoza le llevó, en unión de los señores Escudero y Juncosa, a urbanizar y parcelar los barrios de Sagasta, Ruiseñores, S. Lázaro, Utrillas y Pignatelli, siendo siempre solicitados, al tratarse de las mejoras de la ciudad, su apoyo y su consejo.

Consignadas estas ligeras notas biográficas, resta decir que D. José María Vargas y Delgado tuvo una gran pasión, una pasión dominante, la pasión por la Numismática: a su estudio se aplicó durante muchos años, y a ella consagró sus afares y sus desvelos y una parte de su fortuna.

Coleccionó medallas y monedas de gran valor por su número y por su especie, mereciendo su colección de medallas papales elogios entusiastas y señaladas recompensas; consiguió reunir libros en abundancia referentes a la Numismática, hasta formar una biblioteca interesante, que lega, generoso, en su testamento, a esta R. Academia de San Luis, y contar con un importante caudal de monedas hispano-cristianas, ejemplares muchos de ellos rarísimos, que costaron mucho, que existen en muy pocas colecciones y algunos quizás únicos en su especie.

Esta afición, cultivada con tanto esmero y con resultados tan brillantes, lo llevó a la R. Academia de Bellas Artes de San Luis, vistiendo su medalla en sesión pública y solemne el día 29 de Diciembre de 1918, en la cual leyó muy interesante discurso, contestado por el Académico D. Florencio Jardiel.

Prestó en ella servicios importantes, granjeóse por su bondad y amplitud de espíritu, el afecto de todos sus compañeros, y, al morir, la Academia ha llorado amargamente su pérdida, en este caso irreparable, pues no es fácil hallar quien, como D. José María Vargas y Delgado, junte en su persona a las virtudes más preclaras, el dominio de una ciencia tan necesaria y tan difícil, a la vez, y poco cultivada, como la Numismática.

J.

Zaragoza-Agosto-1923.

Joaquín Sorolla Bastida

Murió, en su chalet de Cercedilla, el viernes 10 del pasado Agosto. Era hijo de Valencia y discípulo de la gloriosa Academia de San Carlos, en la cual ingresó a los quince años. A los veinte pintó su primer gran lienzo, *El Dos de Mayo*, en

el cual acertó a reproducir uno de los sucesos culminantes de la Independencia española. Desde este primer éxito hasta el ataque de hemiplegia que tuvo hace tres años, la vida de este grande artista ha sido una serie no interrumpida de triunfos. Alcanzó en vida cuanto puede alcanzar un artista: dinero, fama y aplauso universal.

Creaciones importantísimas suyas son *El Entierro de Cristo*, altamente dramático; *Aún dicen que el pescado es caro...*, de profunda tendencia social, primera medalla en 1895, como la obtuvo en 1892 otro lienzo suyo, de igual tendencia, titulado *Otra Margarita*.

Trasladado a Valencia su cadáver fué objeto de grandioso e imponente homenaje. Con su muerte, ha perdido España una de sus más puras glorias, y el arte uno de sus maestros.

¡Descanse en paz! Descanse en paz el pintor de la luz, de los niños y del mar.